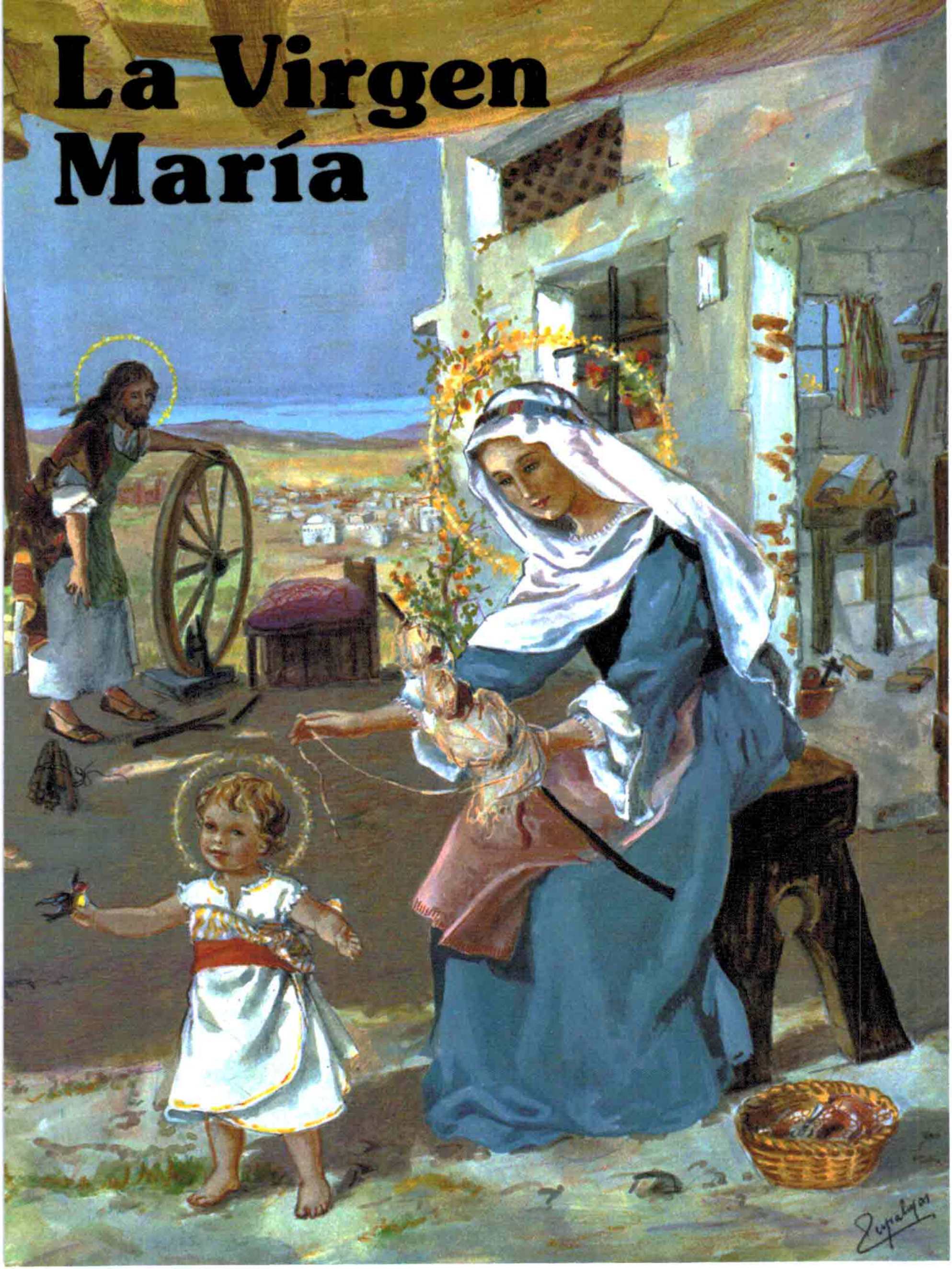
La Virgen María



LA VIRGEN MARIA

POR

L. S. B.

Dibujos de X. Tulla

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/ RECAREDO, 14 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica. ISBN: 978-84-7770-283-2. Depósito legal: SE 3.589-2012

Nihil Obstat
El Censor,
Dr. Cipriano Montserrat, Canónigo
Prelado Doméstico de S. S.
Barcelona, 9 de agosto de 1958

Imprímase
Dr. Juan Serra Puig,
Vicario General

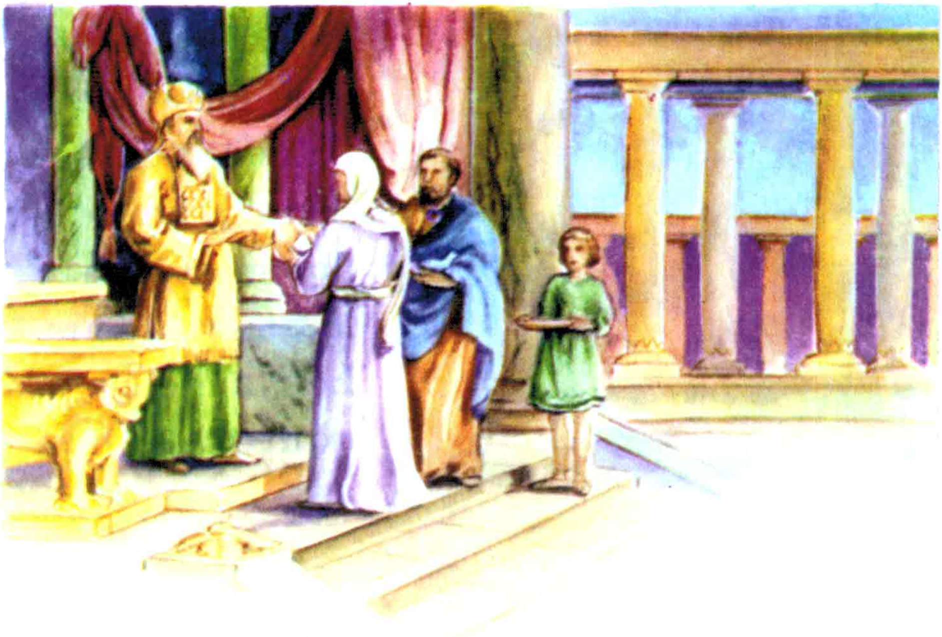
Por mandato de su Excia. Rvma
Dr. Alejandro Pech, Pbro.
Canciller-Secretario

VIVÍAN en Jerusalén unos santos esposos, Joaquín y Ana; pero estaban tristes porque se hacían viejos y no tenían hijos.

Después de rezar a Dios muchos años tuvieron una niña, la criatura más excelsa hermosa e inmaculada, concebida sin pecado original.

En Nazareth (que quiere decir "ciudad de las flores") brotó la flor más bella y lozana de la tierra. Los ángeles la contemplaban arrobados y mecían su cuna.

A los quince días, su padre le puso el nombre de MARÍA, que significa "Reina" y "estrella del mar".



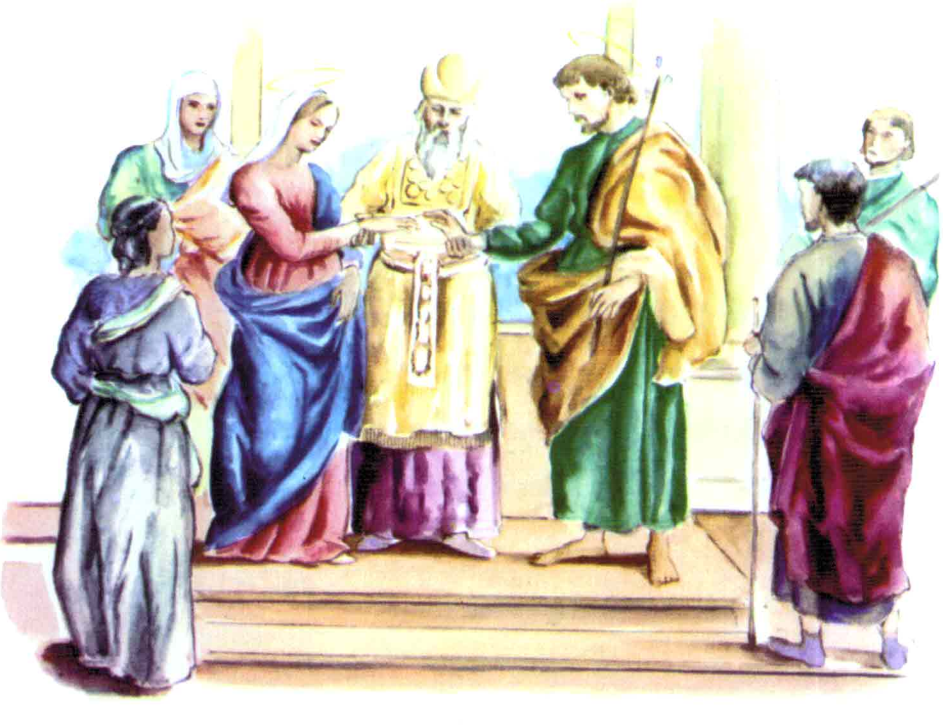
A los sesenta y cinco días del nacimiento de la niña (tal como mandaba la Ley), Ana, su madre, fue a purificarse al templo de Jerusalén; y allí, la niña María fue presentada al Señor por Zacarías, que era pariente de sus padres.

A los tres años la volvieron a llevar al Templo sus padres, pero ahora era para entregarla del todo al Señor hasta cumplir los catorce años. Sus padres se volvieron a Nazareth; pero murieron poco después.

Allí la niña María servía a Dios rezando y cantando Salmos, hilando y cosiendo, y cuidando del aseo del Templo.

Cuando murieron sus padres, María al quedar bajo la tutela de los Doctores del Templo, fue obligada por ellos a casarse, a pesar de su voto de virginidad.

Mas, como todos los mozos de Nazareth la pretendían, sólo fue escogido JOSÉ, que fue el único a quien le florecieron por milagro unas azucenas en su vara seca.



Antes de ser llevada al hogar de San José, el ángel San Gabriel le anunció a María que sería por milagro MADRE DE DIOS, teniendo a un hijo, al que llamaría JESÚS, el Salvador del mundo.

Al saludarla la llamó "llena de gracia" y "bendita entre todas las mujeres".

También le dijo el ángel que su prima Santa Isabel, ya anciana, iba a tener pronto un hijo. Este sería luego Juan, el BAUTISTA.

Entonces dejó Nazareth y corrió a visitar a su prima (que vivía cerca de Jerusalén con Zacarías). Ésta, al verla, le dijo: "Bendita tú entre las mujeres", y María contestó: "Engrandece mi alma al Señor".

La mayor alegría que tiene una madre es cuando le ha nacido un hijo. Pues ¿cuál no sería la inmensa alegría de la Virgen María cuando, al cumplirse el tiempo señalado, le nació en la pobre cueva de Belén un hijo que era DIOS y HOMBRE a la vez, el SALVADOR DEL MUNDO? No se cansarían San José y ella de besarlo y abrazarlo.

Solo sentían que naciera en lugar tan pobre. Un asno y un buey calentabar con su aliento al Niño Jesús. Unos pastores, enterados por un ángel, acudieron a llevarle regalos y a adorarle como a Dios.

También del Oriente llegaron los Magos con oro, incienso y mirra.

Pero, los Magos (a quienes guiaba una estrella), pasaron antes por la Corte del Rey Herodes. Este rey, cruel y envidioso, mandó matar a todos los niños de Belén que tuvieran menos de dos años para así matar también al niño Jesús.

Mas, un ángel hizo huir a José y María con el niño a Egipto.

Cuando murió Herodes, el ángel les dijo que volvieran a Nazareth.

Al tener doce años el niño Jesús fue al Templo de Jerusalén, con sus padres; pero en el camino entre tanta gente lo perdieron. En vano le buscaban muy apenados, hasta que al cabo de tres días lo hallaron entre los Doctores del Templo.

En los primeros treinta años de vida, oculta en Nazareth ¡con qué gozo su madre seguiría todos los pasos de Jesús y su trabajo en el taller de Nazareth, conforme crecía y se hacía un hombre!

Entretanto, San José fue envejeciendo, hasta que un día murió santamente, asistido por Jesús y María.

Pero Jesús no había venido a la tierra para estar con su madre, sino para enseñar a todos el camino del cielo y predicar su doctrina divina.

Y así, cuando cumplió treinta años, se despidió de su Madre. ¡Qué pena sentirían los dos en la última noche que pasaron juntos! Se abrazaron, se bendijeron y Jesús se alejó...

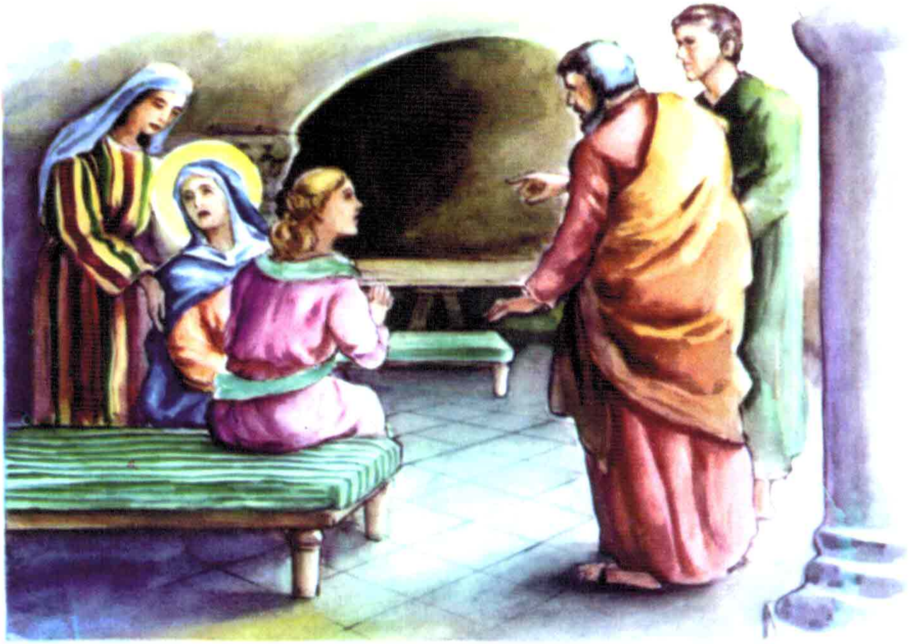
Pronto Jesús, tan bondadoso, halló amigos a quienes formó y llamó APÓSTOLES. Les convidaron a unas bodas en Caná; pero faltó el vino.

También estaba María allí; y, a ruegos de ella Jesús hizo el primer milagro, convirtiendo el agua de seis tinajas en exquisito vino.

Luego el Evangelio ya no cuenta nada de María hasta la dolorosa Pasión de su Hijo. Pero, en estos tres años en que él predicaba ¡cuánto pensaría noche y día en Jesús, en lo que él hacía, sufría y trabajaba para las almas! Ella oraba mientras él predicaba, y ¡cuánto se alegraría de sus triunfos y milagros!

Antes de ser entregado Jesús a la muerte por sus enemigos quiso celebrar la Cena Pascual como despedida con sus apóstoles, y mandó a dos de ellos que lo prepararan todo. María que había visto la entrada triunfal, entre palmas y ramos, de su Hijo, les ayudaría también a preparar la última Cena.

El corazón de una madre siempre se angustia y sufre ante el dolor y adversidad del hijo. ¿Cómo no iba ella a sufrir la noche de la Pasión de Jesús, desde la traición de Judas en el huerto de los olivos, la negación de Pedro, su proceso ante Anás, Caifás, los azotes y la sentencia de muerte en cruz dada por Pilatos?



Cuando al fin Jesús salió camino del Calvario con la cruz a cuestas, vigilado por soldados romanos, María fue a su encuentro junto con la Verónica y otras piadosas mujeres.

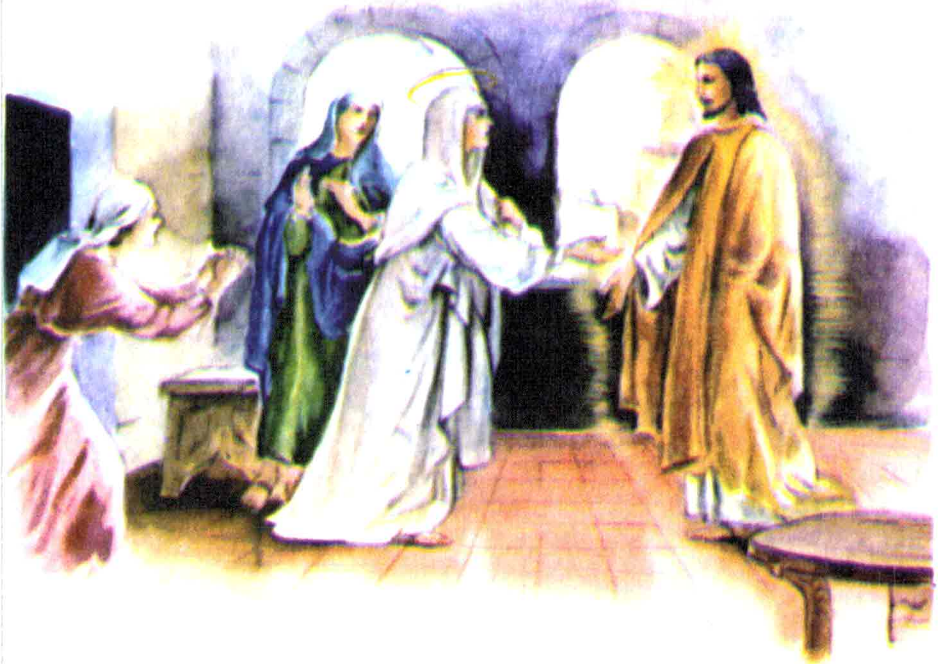
Madre e Hijo se miraron apenados, sin decirse nada.

A las otras mujeres dijo: "No lloréis por mí, sino por vosotras y por vuestro hijos".

¡Qué horrible pena al ver crucificar tan bárbaramente al inocente Jesús! Una vez ya en la cruz clavado, María no se separó de él. Le acompañaba el apóstol San Juan y María Magdalena. Pero si el tormento de la cruz era terrible, no menos afligiría su corazón maternal las burlas e insultos de la gente cuando decían: "Si eres hijo de Dios baja de la Cruz y sálvate".

En los últimos momentos Jesús nos dio su TESTAMENTO de amor, proclamando a María, Madre nuestra y Madre universal. "He aquí a tu Madre", dijo a San Juan señalando a María; y luego: "He aquí a tu hijo", dijo a María señalando a San Juan que nos representaba a todos los hombres. ¡Qué buena madre nos dio, la mejor y más santa de todas!

Después de presenciar su agonía y dolorosa muerte, unos amigos lograron permiso de Pilatos para desclavarle de la cruz y enterrarle en un sepulcro nuevo. María tuvo toda la serenidad para ayudarles en todo; besó el cadáver de su Hijo entre sus brazos y le ungió con aromas, según costumbre entonces.



¡Qué alegría al ver a su divino Hijo resucitado y triunfante de sus enemigos, cuando se le apareció antes que a nadie! Pasados cuarenta días, antes de la Ascensión a los cielos, se le volvió a aparecer. Luego, estuvo en el Cenáculo en medio de los Apóstoles cuando recibieron el Espíritu Santo.

Vivió aún muchos años en Éfeso con el apóstol San Juan, animando a los primeros cristianos, hasta que un día pareció que se moría de amor, entre músicas de ángeles. Días despúes, al abrir su sepulcro, sólo hallaron rosas. Era que su Divino Hijo la había llamado al cielo, subiéndola los ángeles a la gloria EN CUERPO Y ALMA.

9 788477 702832